

**“DE POR QUE EL PASO POR LAS LIBRERIAS
DEBE SER UN HABITO QUE TODO
JOVEN PENSANTE DEBE TOMAR”**

Escribe: HECTOR LUCIANO

Porque los libros son el mejor compañero; leer un libro significa conversar con el autor, ponerse de acuerdo o en desacuerdo con sus planteamientos, ampliar una idea o conocimiento que se tenga sobre una cosa, reafirmar una teoría sobre algo que el autor investigó, o aclarar una posición tomada o disentir de ella.

Un libro es la síntesis y el pensamiento de un hombre; basta saber que tendencia tiene y cuales han sido sus actitudes para saber hasta donde podemos encontrar una guía clara en él, confiando que su trabajo allí plasmado tiene que ver con nuestra búsqueda y nuestro deseo de ampliar los conocimientos. Un libro nos va sacando paulatinamente de la orfandad de conocimientos, que día a día nos demuestra que la ignorancia es la madrastra cruel que nos abandona a las más terribles contradicciones, haciéndonos presa fácil de cualquier cursilería y desmoralización que se adopte por moda. Un libro nos fortalece, nos transporta, nos aconseja, nos polemiza, nos entretiene, nos evita la molesta soledad —que es causa de muchos desalientos y desaliños—, nos divierte y nos da algunos cimientos a la cultura que podamos tener.

Invertir en un libro es lo mejor que podemos hacer. Cada semana debemos ir a las librerías, ver autores, conocer ideas, pensamientos, pareceres, para confrontarlos diariamente con el nuestro que, a medida de la lectura va ser más sólido y seguro.

El precio de un libro nunca se podrá comparar con los beneficios que se reciben cuando asimilamos las facultades de su comunicación; el libro ayuda a erradicar la melancolía que nos

deja la falta de información, evitándonos remordimientos por el tiempo perdido que nos llevan a la desconfianza y la ignominia de no tener bases para entender cualquier planteamiento que en otras circunstancias sería muy fácil asimilar. Un buen libro es mejor que muchas horas de clase: estas corren el riesgo de detenerse en pequeñas divagaciones, mientras aquel es concreto, fácil de repasar, de volver a preguntar, de llevar la pregunta a donde otro parecer para juzgarlo y digerirlo en la mejor de las formas.

Un libro nos presenta ante cualquier auditorio, nos recomienda ante gente culta, nos atrae el respeto, la admiración, el cariño, el vigor para obrar con su autoridad. Es liberadora llama que nos ilumina a sentir y dar la luz de los conocimientos.

Es tanta la importancia que los libros han tenido en la historia que el progreso de los pueblos no ha sido ajeno a su guía. Se da el caso de escritores que se han adelantado al progreso y a la ciencia con sus escritos, producto de análisis concretos de lo que pasa y debe pasar. Por eso, muchos dictadores han visto la lectura como la peor de las amenazas, proscribiendo autores, permitiendo solo la lectura de algunos costumbristas narradores de tonterías intrascendentes, que nada quitan ni ponen en la cabeza de aquellos que los leen como pasatiempo —como si el tiempo fuera para pasarlo sin que uno se de cuenta ni aporte nada a su generación—, aceptando cualquier cosa impuesta con o sin razón, sin ninguna clase de argumento o demostración.

Es por ello que la lectura debe ser una constante dinámica, que nos ayude a despertar el entendimiento, y que a diario nos debemos plantear para comprender por qué somos entidades capaces, con derechos y obligaciones. Esta inmanencia nos enseña que no leer significa caer en las garras de la injusticia, ignorando todos los bienes y oportunidades de una comunidad humana, a la cual pertenecer, con propiedad intrínseca, sin ninguna discriminación social, moral, ni filosófica.

La lectura nos evita caer en la flaqueza, en la debilidad, la inestabilidad moral, la falta de autoridad, la desorientación, el acato impotente, la prudencia falsa, la falta de elementos de juicio, la vergüenza de ser una carga que espera que los demás piensen por él (bien o mal); en fin, nos evita pertenecer a los idiotas útiles que no conocen la causa de la lucha y por esto pueden ser la carne de cañón de cualquier embaucador charlatán

que con sus mosaicos de palabras atamboradas les hagan caer en una hipótesis colectiva, buena solo para sus fines de encontrar sanchos sin ninguna preocupación de averiguar quiénes son ni para dónde van, inseguros menesterosos de lazarillos que la mayoría de las veces les hacen caer en delitos preconsentidos que más tarde sólo pueden ser llevados al tribunal del "mono de la pila".

Existen personas que prefieren amparar sus lecturas en las de otras personas, pero sucede que "tantas cabezas, tantos pareceres" y, o los libros del amigo son sobre temas que pueden tener el interés que el se ha impuesto desenmarañar, o están subrayados con largos listones y trazos que llevan al nuevo lector fuera de su propia interpretación. Por eso es importante tener los propios libros y tenerlos al alcance de la mano.

Todo libro es importante, pero no por esto debemos leer cuanta porquería comercial se edita amparado en el falso principio de la libertad que los gobiernos han hecho a su acomodo para dar permiso a publicaciones inescrupulosas, con el sólo afán del lucro comercial.

Toda intensión de lectura debe a más de contener propio análisis ser confrontada con personas que tengan afinidad con nuestros planteamientos filosóficos y morales, pues hay cantidad de autores habilísimos que con su oficio quieren orientar al mundo hacia prácticas y religiones, o vicios, en los que ellos han caído y quieren justificar allegando adeptos por medio del encanto que produce cualquier cosa bellamente escrita. Hay que buscar los libros y seleccionarlos como seleccionamos los amigos después de conocerlos: sin poner a ninguno fe ciega, ni pontificarles suprema autoridad; simplemente hacer de estos una guía más en algo impuesto pero no lo definitivo de la búsqueda, que no puede ser suspendida si deseamos llegar algún día a tener alguna noción de la verdad.

La lectura debe ser considerada la más exquisita de las tareas.